

nuel), Eduardo Posada Hurtado, Mauricio Romero, Gloria Ismenia Suárez Navarrete, Raúl Tomás Torres Marín, Andrés Vásquez y Giovanna Vinasco Cabrera.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR

El mundo de los niños

El soldado de cuerda

Lucía Victoria Torres
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2005, 159 págs.

El soldado de cuerda es el segundo libro de Lucía Victoria Torres; en su primero, también de cuentos, titulado *El amor no es una rosa* (1986) revelaba, a través de un estilo sobrio y modesto, un microcosmos de historias sugestivas; el cruce entre la inocencia de la infancia y la frialdad adulta. Los protagonistas de los seis cuentos que componen ese libro son mujeres y niñas que se enfrentan a un ambiente de tedio, restricciones y ausencia de comunicación desde la soledad de sus vestidos, muñecas y pensamientos. Este universo es retomado después de casi veinte años, en los nueve cuentos que componen *El soldado de cuerda*.

Esos cuentos convergen en dos características: los protagonistas son niños en su mayoría y la temática gira en torno a situaciones dolorosas y ambivalentes. Viéndolos en conjunto parecen conformar una sola historia dividida en fragmentos; como las historias de un mismo barrio contadas por los niños que lo habitan. Esta unidad se anticipa en *El amor no es una rosa*, pues en los cuentos la protagonista es Anabel. En ese volumen, la niña aparece en los cuentos *Las trinas* (publicado también ahora en *El soldado de cuerda*), *Desvelos* y *El día de la inmaculada*. En *El soldado de cuerda*, Anabel reaparece en *Un paseo noc-*

turno, *Cosas de niñas* y *El encuentro*. La mayoría de las historias tienen una extensión breve y están encabezadas por una pequeña imagen alusiva a la historia.

En los cuentos donde aparece Anabel, reaparecen también personajes y situaciones de ese entorno que la autora empezó a construir en 1986; es así como junto a Anabel figuran sus hermanas mayores: Juliana y Nancy, la mamá, el primo Ignacio y las tías. En todos los cuentos de esta serie, y en otros, la presencia de los padres se construye como una ausencia y un abandono —éstos sólo aparecen en vacaciones, temporadas cortas, visitas—. Mientras que el mundo de las tías y primos, de la espera y del ensimismamiento domina la mayoría de las historias. Los cuentos en general combinan dos puntos de vista, el de los niños cuya comprensión del ambiente está más limitada por la inocencia y la sumisión, y el de una voz narrativa que aunque menos ingenua, toma partido más hacia el universo infantil que hacia el de los adultos. El lenguaje es sencillo y en ocasiones coloquial. Todas las historias se desarrollan en espacios pequeños —barrios y casas de clima cálido— y en tiempos cortos.



En el cuento *Un paseo nocturno*, los protagonistas son Anabel, de cinco años, y su primo Ignacio de seis, quien también aparece en *Las Trinas*. Los dos niños se escapan una noche de la mirada vigilante de los adultos y se internan en una construcción nueva cercana a la casa. El

celador de la construcción se ofrece de guía, debido a la falta de luz y acompaña a los niños con su linterna. La curiosidad y la fascinación por lo prohibido traen consecuencias funestas para Anabel, pues mientras Ignacio se entretiene con una rana, el celador abusa de la niña. El abuso es narrado sin eufemismos y se trata, sin duda, de la escena más cruel y atípica de todo el volumen. La drástica pérdida de la inocencia contrasta con el tono amable de los demás relatos de la serie.

En *Cosas de niñas*, por ejemplo, Anabel sufre los tormentos propios de una infancia que le pertenece más a su mamá que a ella. Se trata de uno de los temas recurrentes en los cuentos de Lucía Victoria Torres. La figura autoritaria está encarnada en la madre, es ella quien define los cómo y los porqué. La mamá de Anabel quiere cortarle el pelo, pero ésta lo quiere largo como las demás niñas. La autoridad de la mamá se impone sobre cualquier argumento y, finalmente, le cortan el pelo. La reflexión final del cuento da una clara idea de las diferencias entre adultos y niños, de la imposibilidad de comunicación.

El cuento *Las Trinas* —que aparece con modificaciones en este volumen— trata una historia de suspenso, en donde la voz infantil sostiene toda la narración. A través de los ojos de la protagonista conocemos a las Trinas, cinco niñas a las cuales la madre mantiene encerradas en casa, y cuya única posibilidad de contacto con el exterior es una ventana. Anabel se obsesiona con ellas, desea conocer la casa y todos los secretos que al parecer la habitan, por lo que inicia una campaña para lograr que le permitan jugar con la menor de las niñas. Finalmente, convence a su tía. Al entrar a la casa lo que más la atemoriza es el extraño olor que la inunda, además de unos misteriosos sonidos. Decide, entonces, no volver nunca a esa casa y alejarse para siempre de las Trinas. Poco tiempo después se entera que el papá de ellas, de las que se creía eran huérfanas, ha muerto de tuberculosis. Comprende que el

olor que tanto la atemorizaba era el olor de la muerte.

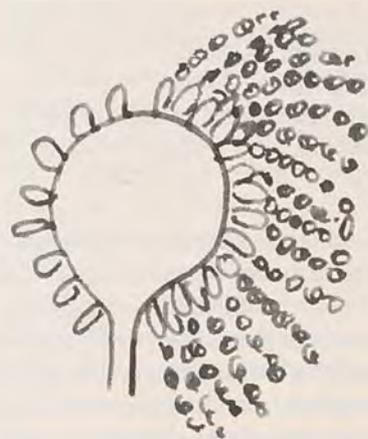
En *El encuentro* se narra un altercado entre los padres de Anabel: la madre descubre al esposo con otra mujer y decide enfrentarlo poniendo a sus hijas como escudo. Anabel, la voz narradora de esta historia, relata el miedo ante ese encuentro, la impotencia frente a las situaciones y el aislamiento que produce el confuso universo de los adultos. Universo cargado de imposiciones y restricciones en que la felicidad y la inocencia infantiles son precarias y estorbosas. Anabel es en *El soldado de cuerda*, una metáfora de la infancia. Los temores, las restricciones, los peligros y, sobre todo, la distancia entre ella y el mundo de los adultos resumen el tipo de infancia que la autora desea compartir. Se trata de una visión de la infancia pesimista, carente de juegos y nanas, habitada por soledades y pensamientos depresivos.

El mejor cuento del volumen y el más extenso es el que le da el título al libro. En *El soldado de cuerda*, los protagonistas son dos niños, Hugo e Ignacio, y la historia se divide en tres partes. La primera y la tercera parte son narradas por Ignacio, mientras que en la segunda la voz es omnisciente. Hugo e Ignacio son amigos, pero pertenecen a contextos diferentes; mientras Ignacio va a la escuela, Hugo hace travesuras en la calle y es reprendido brutalmente por la mamá. La historia comienza precisamente cuando Hugo es sometido a un brutal castigo por robar dinero de una tienda: es colgado de las manos, de una viga muy alta, donde además recibe palizas. El remordimiento de Ignacio le impide ver a su amigo sufrir por lo que decide ayudarlo a cambio de que le cuente la verdadera historia del robo. Como lo suponía el castigo es injusto, Hugo robó porque su hermano mayor lo obligó amenazándolo con un arma, de manera que Ignacio le alcanza un cuchillo a Hugo para que se suelte de la viga. Al otro día, a Ignacio lo despiertan los gritos de su hermano Nano: Hugo ha muerto mientras intentaba zafarse. Se trata de un cuen-

to conmovedor y que invita a la reflexión sobre el valor de la amistad. La imagen que le da título al cuento es bastante pertinente; el soldado de cuerda es el muñeco favorito de Ignacio, que nunca le presta a Hugo pese a sus ruegos. En la escena final, Ignacio mete el soldado en el féretro de Hugo, sellando así una deuda pendiente. "A mis once años me sentí terriblemente solo en el mundo. Eso me hizo llorar de nuevo con más fuerza, mientras regresé a la banca (...) —No llore mijo que Hugo está descansando. Debe estar feliz en el cielo— me dijo besándome el pelo. Pero en ese momento yo no lloraba por Hugo. Lloraba por mí" (pág. 119).

Otra de las historias que sobresale en el volumen es *Santiago bajo el laurel*. Cuenta la historia de Santiago, el hijo menor de una familia, que debe soportar las borracheras e infidelidades de su padre. Éstas le impiden llegar temprano al colegio y cumplir con sus deberes, además, en el colegio tiene fama de amargado. Decide entonces salir más temprano de la casa, escondiéndose bajo el laurel, evitando así la llegada de su papá en la madrugada. Sin embargo, el plan no funciona por lo que decide hacer algo más drástico, defender él mismo a su familia con una navaja comprada con sus ahorros. En sueños ataca a su padre con la navaja, lo que sirve para despertar su arrepentimiento, pero cree poder utilizarla para defenderse de sus compañeros del colegio. El final del cuento es desesperanzador; años después Santiago utiliza por fin la navaja y narra el final de su historia desde la prisión. En este cuento se vuelve a una mirada pesimista sobre la infancia. Con una perspectiva similar, el cuento *Los dos negritos* narra un paseo en bus que hacen "dos negritos" (sic) junto a su papá. En un momento del trayecto el papá obliga al conductor a detenerse aduciendo que necesita orinar. A regañadientes el conductor para y el hombre se baja, pero ya no regresa. Los dos niños son acosados por preguntas de los pasajeros, sin embargo, no pueden contestar mayor cosa.

El conductor los lleva a una estación de policía y se marcha. Al final los niños ven el bus partir desde la ventana de la estación. La causa del abandono no es clara en el cuento, y esa ausencia de justificación produce un sentimiento ambiguo. Por un lado, pone el foco sobre el abandono y hace que parezca más miserable, pero por otro también parece una deficiencia narrativa, que hace pensar que se narra el abandono con un tono melodramático, sin que se articule a la narración en general.



El cuento que abre el volumen, *Una hija llamada Irene*, es protagonizado por un adulto. Irene, tras la muerte de su madre, emprende la búsqueda de su padre, del que sólo sabe su nombre y tiene una foto. Las señas la llevan a un pueblo de muchas lomas, donde por fin cree va a poder reprocharle el abandono. Sin embargo, a quien encuentra es a un hermano de su padre quien la entera de que éste ha muerto hace varios años; pero que tiene cinco hermanos a quienes les gustaría conocerla. Desilusionada decide visitar al padre en el cementerio. En la placa mortuoria se sorprende al verse omitida de la inscripción y decide marcar su nombre con labial, para así ratificar su presencia, gesto final del cuento. La atmósfera de abandono y soledad de este relato es narrada en una especie de flujo de conciencia en la primera parte, para luego pasar a una narración omnisciente. Este cambio en la perspectiva narrativa está presente en la mayoría de los cuentos de la autora.

Los peces también mueren es el segundo cuento narrado por una voz de adulto. Cuenta la historia de Carolina, una niña a la que el papá le regala un pececito para compensar la llegada de un nuevo hermanito. Carolina llama al pez Arturo y se encariña mucho con él. Un día el pececito amanece muerto y los papás se ven ante el problema de explicarle a la niña la muerte. Finalmente, la niña termina comprendiendo mejor el asunto que los adultos.



La construcción de personajes resulta por momentos estereotipada. Los personajes parecen encarnar una idea general de la infancia, mas carecen de una psicología y una voz propias. El personaje de Anabel, quizá por estar presente en la mayoría de los cuentos, es el único que alcanza a constituir una identidad significativa. Los demás, cliché por regla general, son una aproximación parcial de la narradora al universo infantil. Aunque el formato pequeño del libro, y las pequeñas imágenes que acompañan cada página favorezcan la idea de que se trata de un libro para niños, el contenido de los mismos, los finales abiertos, la mirada más bien amarillista hacia la infancia —palizas, violación, pobreza, soledad, temor y sufrimiento—, lo alejan definitivamente del público infantil. A un público adulto el libro le evocará la infancia, y quizá se preguntará por la relación entre el universo infantil y el universo de los adultos. La atmósfera que cae en melodrama en casi todos los cuentos es, sin duda, la mayor falla del libro; sin embargo, se reconoce en

la autora un intento por construir un universo poblado de imágenes infantiles sugestivas, a través de un lenguaje claro y conciso.

CARLOS SOLER



Baccanerías

Crónicas casi históricas

Ramón Illán Bacca

Ediciones Uninorte, Barranquilla, 2.^a edición revisada y aumentada, 2007, 165 págs.

Tijeras fue el instrumento que, en principio, utilizó Ramón Illán Bacca para dar forma a la segunda edición de sus *Crónicas casi históricas*. Haciendo una comparación “indicial” —algo tiene que quedarle al lector de la especial forma de buscarle la caída a cada palabra para darle ese giro humorístico que caracteriza el estilo del autor samario en cualquiera de los frentes en los que se ha batido: la literatura, el periodismo y la investigación histórico-literaria—, hallo que, en esta edición, han desaparecido nueve crónicas.

En compensación, Bacca ha añadido toda una sección al libro, inicialmente compuesto de cuatro, denominada “Casi veinte años después...”, así como un prólogo personal —anteriormente sólo aparecía el de Germán Vargas, de título también indicativo, por cierto: “Entre lo barroco y lo chévere”—, que me ha permitido fundamentar estas líneas sin mayores contratiempos.

Así, con respecto a la extracción de las crónicas aludidas, Bacca explica que lo hizo porque “no habían resistido el paso implacable del tiempo” (pág. xiii). Fijándome en tres de las prescindidas con respecto a la edición de 1990, “¿Qué pasó en el 48?”, “El rey David” y “El nadaísmo en Barranquilla”, reconozco que, en efecto, los temas aludidos en cada una —el nueve de abril de 1948, la fama de Sánchez Juliao y las desave-

nencias de los nadaístas— se han desteñido con el transcurrir de los años, mas no así la factura de los textos, los cuales son una patente ratificación del consabido adagio latino *ars longa vita brevis*.

Esto porque, a pesar de haber sido obviadas, también a estas crónicas es posible aplicarles la frase que sincera y llanamente cierra el prólogo del autor: “puedo confesar que en todos estos escritos están los elementos de candor y asombro que me despiertan lo implacable y hermoso y también las múltiples miradas bizcas que me suscitan lo convencional e impuesto” (pág. xiv). Esas dos impresiones visuales, candor y asombro hacia lo extraordinario y “miradas bizcas” para lo establecido, aparecen de manera alterna en los distintos asuntos que han merecido la atención de Bacca a lo largo de los más de treinta años que los han propiciado.



No son, sin embargo, el prólogo, los tijeretazos y el quinto apartado, las únicas novedades de esta edición. Estas “baccanerías” —permítaseme llamarlas así en honor a su estilo fresco, vivaz, descomplicado y, por supuesto, al obvio onomástico del escritor que las ha concebido— han sido enriquecidas también con pertinentes ilustraciones caricaturescas de Alberto Sierra, que anteceden a cada una de las cinco sesiones y con el registro de las fechas que, al final de cada crónica, indican la fuente en que fueron publicadas por primera vez. Es así como se puede reconstruir, a partir de esas fechas, el periplo periodístico del autor en publicaciones como *Diario del Caribe*, *El Tiempo*, *El Heraldo*, *Huellas* y *El Malpensante*.

En cuanto a su contenido general, el tema obligado es la literatura, campo en que el autor, aparte de al-